

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

LA CONFERENCIA DE LA OPEP EN DOHA

Mucho antes de que el 13 de diciembre la conferencia de la OPEP diera comienzo en Doha, capital del Emirato de Qatar, todos los países importadores de petróleo estuvieron sobrecogidos en espera de las decisiones que adoptarían los países productores, ya que se daba por seguro un aumento del precio del crudo. La duda estaba en la cuantía del aumento que, asimismo se daba por cierto, se adoptaría con carácter general, dada la unanimidad imperante en la OPEP en anteriores ocasiones. Resignación y temor dominaron a los consumidores, en particular a Europa, que no acaba de encajar los golpes de un alza del 17 por 100 en octubre de 1973, seguida de un nuevo aumento brutal del 100 por 100 en 1 de enero de 1974.

Pero he aquí que, de entrada, la conferencia no se desarrolló según las normas habituales que era, de común acuerdo, apretarles las clavijas a los importadores. En el seno de la OPEP habían surgido países contestatarios que estimaban craso error aumentar el precio del petróleo a riesgo de asfixiar la economía occidental y que, por consiguiente, abogaban a favor de una congelación por un período mínimo de seis meses. Arabia Saudita era la máxima contestataria, seguida de la Federación de Emiratos, países que, todos juntos, representan el tercio de la producción total de la OPEP. Arabia Saudita, por sí sola, representa la cuarta parte.

La postura adoptada por el jeque Yamani provocó escándalo, ya que los restantes miembros de la OPEP estaban engolosinados con la perspectiva de aumentar el petróleo hasta un 25 por 100—por ejemplo, Iraq—, si bien Nigeria e Irán, en particular, se daban por satisfechos con un 15 por 100. Al mantenerse Arabia Saudita y los Emiratos en sus trece, o sea, un aumento del 5 por 100, la OPEP pareció estar a punto de ruptura. No se produjo, por supuesto, se dijo que por decisión del rey Jaled, al que, abandonando la conferencia, el jeque Yama-

ni consultó en Ryad el 16 de diciembre. A la postre, si once países acordaron un aumento del 10 por 100 a partir del 1 de enero de 1977, seguido de otro del 5 por 100 en julio, Arabia Saudita y los Emiratos —que actúan como su eco— se limitaron a un alza del 5 por 100, cuando menos hasta nueva orden. En la OPEP, recia muralla imposible de agrietar por cimentarla intereses económicos, se ha dicho reiteradamente, aparecía una grieta, mas no una brecha por donde pudieran pasar holgadamente los países consumidores.

El que la OPEP se haya agrietado en Doha no es pura casualidad y menos hecho irrelevante. Es la parte económica visible del *iceberg* político que es el viejo problema del Próximo Oriente, al que ha venido a sumarse el riesgo para Arabia Saudita de un progresismo árabe al que daría pábulo una crisis general de Occidente por derrumbamiento de su economía. Son cuestiones que interesan directamente a Arabia Saudita y también a los Estados Unidos, aparte de la interdependencia que ha creado el negocio del petróleo entre esos dos países. En efecto, si Arabia Saudita suministra el 20 por 100 del petróleo que consumen los Estados Unidos, éstos son sus primeros proveedores de armas, equipos industriales y tecnología, sin mencionar el interés norteamericano por las inversiones sauditas en su territorio. Por tanto, salvo en momentos de gran tensión pasional, nunca han dejado de existir entre esos dos países posibilidades de discretas conversaciones bilaterales destinadas a establecer la paz en el Próximo Oriente, paz que sólo puede asentarse en la devolución de los territorios árabes ocupados en 1967. Estados Unidos es el único país susceptible de lograr que Israel los devuelva. Las negativas de Ryad respecto a conversaciones con Washington antes de la conferencia de la OPEP no evidencian que no se hayan celebrado, ni mucho menos.

En todo caso, tales conversaciones no se iniciaron desde la elección del presidente Carter. Ya había viajado a Arabia Saudita, Kuwait y Abu Dhabi Gerald Parsky, adjunto del secretario del Tesoro de la Administración Ford. Clara continuidad de la política seguida en esas áreas del mundo, aún antes de acceder oficialmente a la presidencia, Jimmy Carter envió en misión a los países árabes del Golfo al antiguo embajador norteamericano en Ryad, James Atkins, a un tiempo que Cyrus Vance, futuro secretario de Estado, recibía a enviados especiales del rey Jaled, con los que mantuvo una entrevista calificada de «muy positiva». De otra parte, recién elegido, Jimmy Carter había recibido a un grupo de productores de petróleo —posiblemente de Ara-

bia Saudita—y, en conferencia de prensa del 14 de diciembre, se declaró «muy satisfecho» de sus contactos.

Conversaciones, negociaciones y contactos—sólo conocidos en parte—pueden calificarse de «toma y daca» entre Arabia Saudita y los Estados Unidos. El «toma» ha sido la postura adoptada por Arabia Saudita y sus conmlitones en Doha que, además de frenar el alza del precio pretendida por los «Once», dejó en pie la eventualidad de que Arabia Saudita aumentara hasta doce millones de barriles diarios su actual producción de ocho millones, jugando así a la baja al invadir los mercados, pese a lo difícil que sería alterar los canales comerciales establecidos desde hace tiempo. El «daca» lo indicó el jeque Yamani en declaraciones a la televisión norteamericana: que Occidente, y en particular los Estados Unidos, valoren debidamente la política moderada de su país en materia de precio del petróleo y sepan corresponder «cuando se negocie sobre Oriente Medio y respecto a las aspiraciones del Tercer Mundo». Es decir, que Arabia Saudita y los países árabes que la siguen cuentan con el apoyo de los Estados Unidos—y de Europa por vía de consecuencia—al reanudarse la Conferencia de Ginebra, por cuya celebración apremian y en la que reclaman la asistencia de los palestinos razonables. Los palestinos radicalizados o progresistas, preocupación de Arabia Saudita y países árabes llamados «conservadores», apenas si pueden figurar en el escenario político después de la intervención en el Líbano de Siria, primero, y otros países árabes, después, intervención que se llevó a cabo merced a la ayuda militar y financiera de Ryad. Asimismo, Ryad ha propiciado la reconciliación oficial entre el presidente Sadat de Egipto y el presidente Assad de Siria, lograda el 21 de diciembre, tanto por el prestigio y habilidad del rey Jaled como por ayudas económicas que ablandan voluntades y desvanecen rencores.

Son hechos que ponen de manifiesto el firme propósito saudita de ser líder del mundo árabe y, a su vez, la firme intención de maniobrar sin romper la unidad árabe, es decir, evitando enfrentamientos insolubles. Por tanto, es de presumir que paralelamente al «toma y daca» se geste una operación de «tira y afloja» en cuanto a precio del petróleo entre Arabia Saudita y los países árabes que optaron por un aumento del 15 por 100 en dos tiempos, con vistas a la unificación. Las gestiones de Kuwait, del grupo de los «Once» y que se ve afectado por una baja de la producción, iniciadas a finales de enero con Ryad, sugieren que los tiros podrían ir en dirección de nuevas tarifas petroleras. Por ejemplo, Arabia Saudita y los Emiratos podrían acordar

un aumento del 5 por 100 en el precio de su crudo, en tanto que los «Once» congelarían el precio al acordado para 1 de enero de 1977. Así todos los miembros de la OPEP, de nuevo unánimes, quedarían en un alza del 10 por 100.

Semejante eventual solución del conflicto interno de la OPEP no daría realmente al traste con los acuerdos supuestos entre Arabia Saudita y lo Estados Unidos respecto al Próximo Oriente, por cuanto, de todos modos, la limitación de aumento de los «Once» compensaría el alza del precio del petróleo saudita y de los Emiratos. Así, ¿todos contentos? Se sabrá en Ginebra cuando se celebre esa peliaguda conferencia.

NUEVA SINGLADURA DE LA NAVE CHINA

En cualquier momento, tratar de la situación existente en China Popular equivale a describir las incidencias de un combate de negros en un túnel, aunque los medios informativos multiplicaron las noticias de graves disturbios en diversas provincias a finales de diciembre y primeros de enero. Que algo anormal sucede en China Popular, es incuestionable, singularmente de basarse en informes precedentes de Hong Kong. Hong Kong goza del privilegio de poder pegar el oído a la puerta de China Popular y hasta de mirar por el ojo de la cerradura para fisgar lo que acaece en el país vecino, nada propenso a darle tres cuartos al pregonero para difundir sus asuntos internos. Pero sólo por el ruido no se determina qué pieza de la vaji-lla se ha roto en la pelea y el reducido campo visual de un ojo de cerradura no permite abarcar la inmensa estancia china. Estas reservas distan mucho de sugerir que, muerto Mao Tse-tung, todo ha sido coser y cantar para los dirigentes chinos en el poder. Ellos mismos lo han admitido, singularmente al no privarse de denunciar estruendosamente y con apoyo de las masas movilizadas el denominado complot de «la banda de los cuatro», o sea, de Chiang Ching, Wang Hun-wen, Chang Chun-chiao y Yao Men-yuan, inicialmente bien situados para asumir la herencia del Gran Timonel.

Aunque la personalidad y prestigio de Mao Tse-tung no hubieran sido tan excepcionales que dificultasen la sucesión, de todos modos, al desaparecer el jefe indiscutido habrían surgido en el partido esas tendencias divergentes, e incluso antagónicas, que en él han existido desde su fundación. El Partido Comunista chino ha sido tan poco monolítico que en seis ocasiones sucesivas, entre 1921, año de su funda-

ción, y 1945, registró seis graves conflictos internos en los que se oponían conceptos ideológicos contrapuestos que llegaron a amenazar su supervivencia. Ya dueño del poder el Partido Comunista en 1949, habían de producirse otros cuatro conflictos, siendo el más grave la Revolución Cultural, que Mao Tse-tung estimó ser fuerza motriz de la revolución llevada conforme a sus criterios.

Prescindiendo de los diez años de lucha contra Wang Ming, que finalizó en 1945 con la victoria de Mao Tse-tung, en el plenum celebrado en vísperas del triunfo comunista en China Continental, se suscitó de nuevo la lucha entre dos líneas políticas: la de Liu Chao-chi, partidario de una revolución que se efectuara por etapas, y la de Mao Tse-tung, que abogaba por avanzar sin demoras ni contemplaciones hacia una sociedad marxista-leninista. En la hondura de esas divergencias de tácticas, ya que no de objetivos, estaba el interrogante del método a adoptar para resolver el problema de la economía, capital para Liu Chao-chi y sus seguidores, supeditado al fundamental de la revolución para Mao Tse-tung y sus adeptos.

Estos dos enfoques de cuestión tan vital para China—y cualquier otro país—han condicionado su vida política y son la clave de sus sobresaltos, remolinos y sorpresas. No fue la menor que la Revolución Cultural promovida por Mao Tse-tung, que así hizo prevalecer su tesis, llevara a expulsar del Partido a su contrincante Liu Chao-chi, oficialmente heredero de Mao Tse-tung en 1959, como posteriormente fuera calificado de traidor Lin Piao, otro heredero de Mao Tse-tung, que murió en circunstancias nunca del todo aclaradas. Estos antecedentes aminoran la sorpresa que pudo causar la denuncia, detención y sañudos ataques contra «la banda de los cuatro», capitaneada por Chiang Ching, que, en su día, fue el detonador de la Revolución Cultural. Aquella agitación desmelenada, violenta, casi demencial, implicó la eliminación de la llamada «derecha revisionista» de Liu Chao-chi, mientras que los «radicales» parecían llevar el gato al agua en medio del desbarajuste de la «revolución continuada». El genio de Chou En-lai, apoyado por el Ejército a las órdenes de Lin Piao, logró calmar la tempestad desencadenada por el tremendismo radical al que dio suelta el propio Mao Tse-tung, que no vaciló en correr el riesgo de hundir el Partido para proteger la revolución, lo que entraña una paradoja. Chou En-lai, en definitiva, consiguió hacer la síntesis marxista de la tesis del «revisionismo derechista» y la antítesis del radicalismo, mientras que Liu Chao-chi y sus seguidores desaparecían del escenario político y el grupo radical quedaba en segundo término. Pero a partir

del 8 de enero de 1976, el grupo radical, un tanto postergado, recobró fuerza, al extremo de provocar en febrero el cese de Teng Hsiao-ping que, absuelto de la acusación de «revisionismo derechista», asumía el cargo de primer ministro al agravarse la enfermedad de Chou En-lai. La caída de Teng Hsiao-ping fue el principio de la rápida ascensión al poder de Hua Kuo-feng, al parecer aupado al cargo de primer ministro en el pasado abril por el grupo radical en compás de espera. El grupo radical cometió un error fatal para él al utilizar a ese Fouché chino—supervisaba todos los servicios de policía desde su Ministerio del Interior—del que nada hacía presumir la energía, la inteligente astucia y vocación del líder. El primer ministro Hua Kuo-feng supo y pudo sacar todas las consecuencias prácticas de su experiencia de ministro del Interior, enterado de manejos, intrigas y planes de unos y otros, aparte de haber tenido el acierto de ganarse al Ejército, cuya supeditación al Partido desde el IX Congreso (1969) no era garantía de que desistiera de echar su cuarto a espadas llegado el momento de arrojar por encima de la borda al grupo radical, con el que está esquinado desde la Revolución Cultural. La operación se ha llevado a cabo en lo que respecta a los más destacados representantes de «la banda de los cuatro» sin que el Ejército haya dado señales de independencia con relación al Partido, con el que viene cooperando para mantener o restablecer el orden turbado en algunas regiones de China. Ello no pretende decir que el nuevo protagonismo del Ejército no puede ser tentación de hacerse con el poder de no estabilizarse en plazo no lejano la situación interna, indudablemente alterada al cumplirse el 8 de enero el primer año de la muerte de Chou En-lai, gran componedor de esa delicada porcelana que es China.

Cierto es que el nombramiento el 7 de octubre de Hua Kuo-feng a la presidencia del Partido Comunista, aparte de seguir siendo jefe de Gobierno y jefe de las fuerzas armadas, pone en sus manos todas las palancas del mando, cuando menos en teoría, para llevar a cabo el programa enunciado en su mensaje del 25 de diciembre, neutralizar a los radicales, de cuyo idealismo y metafísica revolucionaria abomina; fortalecer el partido; estimular la agricultura y la producción industrial. En suma, optar por el desarrollo, sin renunciar a la revolución. Mao Tse-tung propugnaba la revolución ante todo. Liu Chao-chi, el desarrollo. Chou En-lai se mantuvo en equilibrio entre ambos extremos. Hua Kuo-feng parece querer adoptar esa postura como punto de partida para avanzar en la dirección señalada por Chou En-lai. En su proyecto, Hua Kuo-feng puede tropezar con el

hecho de que «la banda de los cuatro» cuente con más adeptos de los previstos en el país. A finales de enero se mencionaban nuevos graves disturbios, en particular en Shanghai. Y también, que la tarea de restablecer el orden haga surgir en el Ejército ambición de poder. Se dijo que ésta era la causa de la caída fulminante de Lin Piao. Si el venerado, respetado y amado Mao Tse-tung estuvo amenazado de que se le sacara los ojos el cuervo de Lin Piao, al que había instituido su heredero, ¿qué amenazas no rondan a Hua Kuo-feng, carente del prestigio casi mítico de su predecesor?

ELECCIONES EN LA INDIA

«Cría buena fama y échate a dormir», dice un viejo y sabio refrán que le viene como anillo al dedo a la India gobernada por Indira Gandhi.

En efecto, no bien accedió a la independencia, la India fue clasificada nación dotada de una democracia parlamentaria, pacífica y no alineada, sin que hecho alguno posterior llevara a reconsiderar lo acertado de aquel encasillamiento. Ciertamente es que por coger la India un poco a trasmano, ser muchos los problemas que el mundo occidental tiene a la vista y trabajoso modificar cómodas posturas, la hija de Jawaharlal Nehru ha podido desde 1966 poner en solfa democracia parlamentaria, pacifismo y no alineamiento sin que los gobiernos del mundo libre y medios informativos en general se hayan dado por enterados. Ni la guerra con Pakistán, motivada por interferencias de la India en Pakistán Oriental o Bangla Desh, ni la pseudoautonomía concedida en febrero de 1975 a Cachemira, ni la anexión de Sikkim han hecho que la India fuera tildada de agresora e imperialista. El tratado de amistad y cooperación suscrito con la URSS en agosto de 1971, que es en definitiva un tratado de alianza, no ha sacado a la India de su adscripción al campo de los no alineados. Ni siquiera el solapado golpe de Estado del 26 de junio de 1975, la ha llevado al banquillo de los acusados de implantar regímenes autoritarios. Bien es verdad que al anunciar Indira Gandhi, el 19 de enero, la decisión de celebrar en el próximo marzo las elecciones que habían de celebrarse en 1976, vuelve a dar una apariencia de legalidad democrática a una situación que desde hace año y medio largo es dictatorial.

No por capricho llegó la señora Gandhi a extremos que sólo para los aviesos no son contrarios a sus íntimas convicciones. Actuó de

ese modo en razón de las protestas originadas por sus manejos electorales en la campaña de 1971. Declarada culpable de corrupción por un juez de Allahabad, la sentencia no movió a Indira Gandhi a una dimisión reclamada a voces en oleadas de huelgas y manifestaciones callejeras, y como también la pedía la oposición de derechas y de izquierdas, con excepción del Partido Comunista indio, único en apoyar a la «Madre India» junto con el Partido del Congreso. En espera de la sentencia del Tribunal Supremo en juicio de apelación, Indira Gandhi permaneció en su puesto y, para mayor seguridad, el 26 de junio de 1975 declaró el estado de emergencia, acusando a la oposición de fomentar un complot contra la seguridad del Estado. Como Luis XIV, Indira Gandhi estimó: «El Estado soy yo.»

Acto seguido quedaron prohibidas las formaciones políticas, tanto de derecha como de izquierda; siempre con excepción del Partido Comunista, se llevaron a cabo masivas detenciones de dirigentes y militantes destacados, cuyo número no es posible concretar. Pero de dar crédito al informe facilitado por la oposición que escapó a la gran redada, las condiciones de detención son feroces. En todo caso, consta que dieron con sus huesos en la cárcel el ochentón Morarji Desai, ex viceprimer ministro; el anciano J. P. Narayan, discípulo del Mahatma Gandhi; Hemar Kumar Vischmor, secretario de la Federación de estudiantes indúes, y el destacado periodista Kulpid Nayar. Al tiempo, se impuso una rígida censura de prensa, la abrogación de los derechos civiles y del derecho de huelga, así como la expulsión de los demasiado curiosos corresponsales de la BBC. Volvió a reinar la calma. Otro resultado hubiera sido sorprendente. Sigue reinando a los diecinueve meses de un estado de emergencia del que no se ha dicho que se levantaría, aunque Indira Gandhi anunció que se relajaría para «permitir la legítima actividad política» de los partidos, lo que implica o debería implicar la libertad de los dirigentes y militantes detenidos sin juicio y una censura menos preocupada de acallar toda crítica.

El anuncio de estas elecciones ha sorprendido, por cuanto en alguna ocasión Indira Gandhi las reportó a fecha mucho más lejana. Pueden suponerse diversas razones para celebrarlas de sopetón. Quizá su reciente esquinamiento con el Partido Comunista, al que no le conviene atacar de frente por respaldarlo la URSS, suscita en Indira Gandhi algún temor y confie en que los partidos no marxistas neutralicen su acción dentro y fuera de la Cámara. También se ha estimado que Indira Gandhi tiene muy asegurada su popularidad en las nu-

tridas masas rurales de la India, lo que permite dar por cierto el triunfo del Partido del Congreso, o sea, el suyo. Por lo demás, una buena cosecha hace reinar entre los campesinos un optimismo que no predispone a buscarse disgustos llevándole la contraria a quienes detentan el poder, aunque las medidas de esterilización más o menos forzosas —al parecer más bien forzosas— crean descontento que podría explotar la oposición. Pero estas elecciones a la vista dejan poco margen de maniobra y propaganda a una oposición cuyas formaciones han sido perseguidas y desorganizadas, en particular porque de momento sigue en vigor el estado de emergencia. Falta tiempo y sobra espacio —¡la extensión de la India abrumba!— para hacer una campaña electoral, por muchas medidas estratégicas que adopten los partidos de la oposición en busca de una fusión o, por lo menos, de un programa común para constituir un equipo unido. Si el Partido del Congreso hubiera corrido el menor riesgo de derrota en el próximo marzo, Indira Gandhi no hubiera tenido la ingenuidad de convocar unas elecciones que bien pudieran llevar a la India a un sistema presidencialista con un solo partido, el del Congreso, que sustituyera la democracia parlamentaria pluralista, como ha sucedido en Bangla Desh después del golpe de Estado de agosto de 1975. Ello supondría modificar la Constitución, por más que ésta ya se enmendó en agosto de 1975 por decisión de la Cámara, depurada de enojosos opositores, en lo relativo a leyes electorales, ello con efecto retroactivo. Así, Indira Gandhi quedó exenta del pendiente veredicto del Tribunal Supremo, dándole de paso una bofetada sin manos a todos los jueces de la India. Es decir, que con una Cámara favorable y una oposición atada corto, nada impediría el paso al sistema presidencial hecho en formas democráticas y hasta la instauración de una dinastía presidencialista. Si Indira Gandhi sucedió al Pandit Nehru, ¿por qué Sanjay no sucedería a su madre, tanto más cuanto que recientemente ha sido puesto políticamente en candelero al ser nombrado presidente de las juventudes del Partido del Congreso? Hasta hace poco, el joven Sanjay era más conocido por sus negocios de automóviles, que fueron un sonado fracaso, que por sus actividades políticas. Pero ¿qué no puede una mujer afectada por la erótica del poder y el apasionado amor de una madre? De ahí que no pueda descartarse por absurdo que acaso la India vaya por esos derroteros después de las próximas elecciones.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

